

# EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 3 Junio 1915.

Número 22.

## El supremo insulto

—¡Es usted un bergante, señor mío!  
—Si piensa así ofenderme, se equivoca.  
—¡Un bribón sin igual!—Callar me toca;  
la frase no me da calor ni frío.  
—¡Es usted un canalla!—Me sonrío.  
—¡Es usted un ladrón!—No me sofoca.  
—¡Un asesino!—En vano me provoca.  
—¡Un Judas! ¡Un infame! ¡Un vill! ¡Un tío!  
¡Un rufián! ¡Un cornudo! ¡Un miserable!  
¡Un hijo de Sodoma!...—¿Por qué grita,  
si no ha de hallar dicterio abominable  
que me robe la calma?—¡Un jesuíta! (1)  
—¡Cómo! ¿Jesuíta yo?... ¡A espada ó sable!  
¡Mi honor ser vindicado necesita!

José Nakens

(1) JESUÍTA, m. El individuo de la Compañía de Jesús, fam. El que tiene maña y sagacidad para prosperar en sus negocios sin ruido ni ostentación. Hipócrita.

Diccionario de la Lengua castellana por la Academia Española, año de 1852, 10.<sup>a</sup> edición.

## El crimen de Huesca

El día 5 de Febrero de 1912 y en las primeras horas de la madrugada, una mujer que pasaba por la calle de D.<sup>a</sup> Petronila, en la ciudad de Huesca, vió en el suelo la cabeza de un niño recién nacido.

Llena de espanto y con la faz descolorida por el susto, participó el horrible hallazgo al cabo de serenos; éste recogió la cabeza, y envuelta en un pañuelo la entregó en la delegación de Policía.

Seguidamente dióse cuenta al juez de primera instancia, D. Ventura Izquierdo, quien puso gran empeño en esclarecer el hecho, ayudado por el teniente fiscal, D. José Maria Vallés.

La detención de un individuo llamado Grasol y de su esposa Josefa

García, apodados los *Pototos*, y la de otra mujer llamada Francisca Santolaria, por mote *Paca la Hornera*, bastaron para descubrir el espantoso crimen.

Los primeros días negáronse los tres á declarar, pero al fin cantaron de plano. Y de que debían ser ciertas las declaraciones de las dos mujeres, dió testimonio el que ambas se hallaban incomunicadas desde que fueron detenidas, y coincidieron en absoluto hasta en los menores detalles.

Resultado inmediato de lo dicho por ellas, fué la prisión del sacerdote D. Prisco Martínez Lostalé, mayor-domo mayor del Palacio episcopal, y primo, ó sobrino del obispo de aquella diócesis, D. Mariano Supervia Lostalé.

Las dos mujeres sostuvieron con el presbítero dos prolongados ca-reos, en los cuales mantuvieron con

gran serenidad sus acusaciones. Confesaban su delito, pero no podían consentir que el sacerdote se eximiese de la parte de responsabilidad que le correspondía.

Ambas manifestaron ante el juzgado, que las llamó D. Prisco al palacio episcopal, y una vez allí las sacó al jardín, donde les entregó el cadáver del niño, para que lo *hicieran desaparecer*.

Después de alguna resistencia aceptaron el encargo, porque ambas, aunque de condición menos que modesta, estaban bien relacionadas con la gente de palacio y con varios clericales de buena posición social.

Una vez que las mujeres se hicieron cargo del niño, (que según los forenses debió haber sido asesinado á los ocho ó diez días de nacer) lo liaron en la tela de una falda vieja, prenda que afortunadamente fué encontrada.

Desde este punto de la tragedia, las mujeres presas no dieron detalles muy precisos. Por Huesca circularon estas dos versiones.

Una, la de que no acertando dónde depositar el macabro envoltorio, fué descuartizado el cadáver y los restos esparcidos por distintos lugares.

Otra, que lo tiraron en una bodega de la calle de D.<sup>a</sup> Petronila; que de ella un gato extrajo la cabeza, y después de saciar sus voraces instintos, la dejó en el dintel de la puerta donde fué hallada; y que al ver que había desaparecido, las dos mujeres debieron encargarse de sacar los demás restos de la casa, tirándolos donde buenamente pudieron.

En Huesca no se hablaba más que del crimen.

Todos se preguntaban: ¿De dónde sacó el niño mosén Prisco? ¿Había nacido en el palacio episcopal, ó fuera? ¿Quiénes son sus padres, y cuándo y cómo lo mataron?

Los clérigos acudían en masa á la cárcel á visitar á su compañero, y hacían correr la voz, los unos, de que era víctima de una calumnia infame; los otros, que había intervenido en el hecho bajo secreto de confesión.

En cambio, la opinión pública estaba indignada de manera formidable. Creía ver tan claro el crimen, que no había modo de convencerla de que debía aguardar á que los hechos se aclarasen para fallar en de-



nitiva. Sabía que la casa donde fué hallada la cabeza del niño era la que habitaban los *Potolos*; que el huertecillo donde después fué encontrada una pierna, estaba al lado, y la calle de Santa Petronila situada detrás del callejón del palacio episcopal, á donde daba una de sus puertas; y por todas estas circunstancias aseguraba, como si lo hubiera visto, que por aquella puerta había sido sacado el niño muerto, pasándolo después á casa de *Paca la Hornera* y ue allí al número 14 de la calle de D.<sup>a</sup> Petronila, donde el gato encontró la cabeza, comió parte de ella y la dejó cuando estuvo harto.

La opinión, sin embargo, comenzaba á inquietarse ante la posibilidad de que el crimen fuera atribuido á personas ajenas á las que lo cometieron, empleando el dinero, la influencia ú otras armas de peor índole. Tenía confianza en el juez y el fiscal, pero advertía que las gentes del palacio episcopal, antes ostensiblemente distanciadas de los jesuitas, se pusieron en íntima relación con ellos.

También suponían que *La Paca* y *La Potota* tardaron tanto en declarar, porque con la autoridad que ejercen sobre los creyentes, les hicieron ver los clericales la grave responsabilidad en que incurrirían si delataban á un ministro del Señor.

Después veía la opinión que los jesuitas imponían á los católicos que no hablasen una sola palabra de este asunto, y sospechaba que algo tramaban y que podía surgir algo inesperado que sirviera de pretexto para descartar del proceso al clérigo pariente del obispo.

Y a todo esto, la prensa liberal de Huesca silenciosa; la clerical ni siquiera eludía al suceso. La de Zaragoza, lo mismo de un matiz que de otro, callaba también, excepto *La Correspondencia de Aragón*.

El obispo Supervia vino á Madrid y conferencio con el presidente del Consejo de ministros, Sr. Canalejas, coincidiendo su venida con las órdenes dadas para que dejase de intervenir en las actuaciones el digno teniente fiscal Sr. Vallés. Susurrábase además que en breve dejaría de entender en el sumario el íntegro juez Sr. Izquierdo. Hasta se agregaba que, no obstante las acusaciones gravísimas que pesaban sobre mosén Prisco, se trataba de ponerle en libertad provisional. Y, por último, que *Paca la Hornera* y *La Potota* sostenían su primera declaración y acumulaban nuevos cargos contra D. Prisco.

Poco después fué nombrado juez especial un Sr. Robles, que actuaba en Zaragoza, y que hoy se encuentra al frente del Juzgado del Centro en Madrid, y siguió otra pista, que dió por resultado la prisión de dos hom-

bres y dos mujeres que residían en la capital aragonesa y la libertad del sacerdote D. Prisco.

Y ahora, el 24 del mes último, se ha celebrado la vista del proceso, y todos los encarcelados han sido absueltos, excepto *Paca la Hornera*, condenada á reclusión perpetua. El fiscal pedía nada menos que tres penas de muerte.

En resumen, que el crimen ha quedado sin descubrir.

Que nadie sabe quiénes son los padres del niño asesinado y descuartizado.

Que han estado presos más de tres años varios inocentes.

Y que el pariente del obispo, que ni siquiera ha ido como testigo a la vista del proceso, ha quedado tan limpio y tan puro como los ángeles del cielo.

Como habrá ocasión de seguir hablando de este asunto, que la Prensa diaria liberal de toda España ha considerado sin duda baladí, cuando no ha enviado corresponsales á Huesca, termino estas líneas felicitando al insigne literato y competente abogado D. Manuel Bescós, por haber logrado la absolución del reo que defendía; y que era uno de los tres para quien el fiscal pedía la pena de muerte; al par que escupo sobre los nauseabundos clericales que han tratado de empañar durante la vista su buen nombre en una hoja letrinesca sin firma, de la que ningún bacín de ellos se ha atrevido á declararse autor.

## ¡POR FIN!...

Muchas veces, y por muchos lectores, se me ha pedido que publicase en *EL MOTIN* el retrato del presbítero D. José Ferrándiz, célebre en España y en el extranjero por sus campañas anticlericales sostenidas en *El País*, *España Nueva*, *El Radical*, *El Resumen*, *Las Dominicales* y otros periódicos, así como por los interesantes libros de la misma tendencia que ha publicado.

Desde hace años venía yo pidiéndole que se retratase para complacer á sus admiradores, y nada. Ni decía que no, ni se retrataba.

Hace pocos días, más terco yo, ó más complaciente él, se dejó conducir á casa de Alfonso (Fuencarral, 6), fotógrafo de cámara de los periodistas de buen gusto (y de los no periodistas también), y en dos minutos quedé vengado de los cortesés desaires que Ferrándiz venía haciéndome hace tantos años.

Con que ya lo saben mis lectores: en el número próximo publicará *EL MOTIN* el retrato de Ferrándiz en las planas 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup>, ampliado por el lápiz de Antonio Macipe, sin rival en esta especialidad del arte.

¿Que quién es Antonio Macipe? El dibujante que viene haciendo todos los trabajos de *EL MOTIN* desde 1884, lo mismo al lápiz que al cromo, sin haber querido nunca poner su firma; un amigo leal y abnegado hasta el heroísmo, que ha capeado conmigo sin lanzar la menor queja los malos temporales que *EL MOTIN* ha corrido; un hombre que hoy cito por vez primera en *EL MOTIN* para ofrecerlo á la admiración de todos, por hallarse en posesión de todas las cualidades que honran y enaltecen; un ejemplar raro de artista, que ha hecho la formidable labor que todos conocen, oscuramente, silenciosamente, en unos tiempos en que la osadía suple al mérito, la desaprensión abre caminos y la desvergüenza escala cumbres.

Este es Antonio Macipe.

Y al decir esto, de que se enterará él cuando esté impreso y no haya medio de retirarlo, experimento la satisfacción honda, pura y grande de todo el que realiza un acto de justicia.

JOSÉ NAKENS

## El Papa en España

A vuelta de insinuaciones y de rectificaciones, de rumores y de mentís, según se deduce del *Heraldo de Madrid*, es lo cierto que se han hecho exploraciones acerca del buen ó mal abono del terreno y de la opinión pública, para el caso de pedir el Vaticano asilo en España. Según esas versiones, el Gobierno ha ofrecido al Papa el monasterio y palacio del Escorial, y la nobleza española piensa el modo de constituirse en guardia suiza y en gentiles hombres de Cámara.

La Diputación Provincial ha visto en ello un gran honor y un soberbio negocio y se apresta á echar los trastos por la ventana.

No sabemos hasta qué punto pueda un gobierno constitucional ceder ó alquilar los bienes de la Corona. Lo que de la Constitución se deriva es que no se puede, sin ley expresa, ni desmenbrar, ni enajenar territorio alguno nacional á soberanías extranjeras, y, por tanto, sin esa ley, no podría establecerse dentro de la Península el coto pontificio de que hablan las derechas, implantando en un distrito, mayor ó menor, la ley de garantías vigente en el Vaticano, sin la cual el Papa difícilmente se aventaría á aceptar hospitalidad.

Tampoco es de creer que los cortesanos pontificios aceptasen, ni siquiera por vía de *villeggiatura*, el establecimiento en el Escorial, cáscara de nuez aislada donde, si cupieran las oficinas de la curia, no habría modo de ingerir los corticúlos que



cada uno de aquellos principillos tiene organizados; ni podría organizarse tan rápidamente cual fuera menester el *hampa* curialesca propia de toda curia, tanto más extensa potente é intrincada cuanto más vieja es la institución.

Para la vida monástica fué labrado El Escorial y para el gusto de un soberano misantrópico. Como su padre fué á morir en Yuste, Felipe II gozábale en El Escorial; monumento inútil, derroche superfluo y vanidoso de un soberano plerótico de caprichos, adefesio inconcebible y absurdo de la economía arquitectónica; millonada enterrada en el desierto, sin utilidad ni aplicación.

De nostalgia y tristeza morirían en el tétrico y fúnebre monumento los cortesanos aquellos, que si viven á gusto en los *sepulcros de los apóstoles*, ha sido merced á haber trocado el olor sepulcral en el ambiente pagano de Belvedere, en lascivos jardines que Salomón ensoñara y en salones y capillas que no le fueron concedidos á Semiramis. El Escorial es un panteón. El Vaticano no querrá enterrarse en vida, ni practicar en aquel monasterio los *ejercicios espirituales* de que no necesita. El necesita la gran urbe y el bullicio de gentes, por entre las cuales puedan escurrirse y disimularse los elementos constitutivos de la que es en su secreto la verdadera curia.

Ni los 90 *camareros in hábito pavonazzo*, ni los 18 *bussolanti*, ni los prelados palatinos de la familia pontificia son los que dan el sello y nervio á la curia; en la segunda zona alrededor del Vaticano hay que buscarla, y aun en la tercera y cuarta; en las procuras y generalatos de las sesenta órdenes religiosas, en los empleados y validos de las congregaciones pontificias, en las academias y colegios de extranjeros y en los círculos á quienes cada uno de esos centros sirve de nucleolo.

Nada de esto cabe en El Escorial, como no cabe en la Alhambra ni en el palacio real de Madrid.

Hase hablado de Toledo y de Sevilla también. En Toledo no hay que pensar; allí el Vaticano se asfixiaría. La plaza de Zocodover, que sirvió para los autos de fe, no puede servir para plaza de San Pedro. El aire mofigato de las gentes, haría del Papa un remedo y sombra del Dalai Lama. Toledo sería la capital de un Tibet europeo.

¿Y Sevilla? Menos. No son para exponerse á la refinada crítica del espíritu guasón andaluz los gestos de cortes medioevales.

Por inexplicable extravío de la piedad, los católicos se han olvidado de Santiago de Compostela. Bastaría el título de *Sepulcro del apóstol* para colorear de cierto misticismo ro-

mántico la instalación allí de la Sede pontifical.

Pero, ni un recuerdo se ha tenido para ello.

Otro reparo oponen los cánones vigentes en España. Donde quiera que el Papa se instale, estará en obispado ajeno.

Para el obispo del lugar, el Papa es simplemente el obispo de Roma. Los concilios no le conceden autoridad episcopal sino en su diócesis romana. Ni las leyes españolas consienten conceder á extranjeros títulos de jurisdicción en la nación.

Como se ve, los obstáculos son no pocos. Antes de salir de Roma, el Papa lo pensará mucho. Y antes de venir á España, que tampoco está libre del alcance de la guerra, quizás adopte el acuerdo de buscar contra los obuses y granadas de la guerra el asilo providencial y más seguro que tiene en Roma: las catacumbas que fueron ilustre cuna del cristianismo heroico, y que ningún Jerarca puede tachar de refugio indigno ni de morada impropia.

## Cómo el Gobierno ahuyenta

por su parte al Papa

De algún tiempo acá toda la nación está en poder del jesuitismo, disfrazado bajo todo género de máscaras.

El clericalismo impera con impudor increíble. En Sevilla se produce el inaudito secuestro de una señorita, llevada á un manicomio de Málaga. Allí mismo un clérigo tachado de homicida-frustrado, es puesto en libertad con una insignificante fianza. En Huesca es eximido de comparecer en estrados, un familiar del obispo cuyo nombre anda mezclado con otros en un proceso de infanticidio. En Madrid es encarcelado y esposado, como terrible criminal, un clérigo por supuestas amenazas al obispo. En Valencia es procesado y reclamado con prisión un escritor que en defensa propia escribe y es acusado de las mismas amenazas. La *Defensa Social* jesuita tiene empapelados y procesados á gran número de publicistas.

En la masa popular caen estas noticias y fermentan en odio contra el clericalismo.

¿Se cree que el Papa aceptaría la representación de ser jefe de este odioso é inquisitorial clericalismo español? No es tan novato en política el Vaticano. Le va muy bien en Roma con el sistema contrario de libertad absoluta, para que ensaye el siniestro papel que se le asigna.

Poco atractiva puede hacerse á un Pontífice la hospitalidad de una

nación en cuyos Tribunales se están pidiendo simultáneamente once penas de muerte.

Once horcas levantadas; presos esposados; clérigos locos furiosos, y por añadidura, jesuitas á granel...

— Gracias — dirá el Pontífice —. Esto servirá para los Torquemadas y Loyolas Para los Médicis y Colonnas, no sirve. Los Borjas dejaron mala fama en la Iglesia.

## He aquí el peligro

Trayéndolas de la prensa de Roma, *El Liberal* ha dado noticias del plan jesuitico de utilizar el catolicismo como elemento austriaco dentro de las naciones latinas:

«Los jesuitas austro-alemanes, terriblemente contrariados al ver se invitados á salir de Roma por el mismo Papa, han preparado sus redes para embargar al Pontífice, alegando haber sido violada la ley de Garantías al obligar á salir de Roma al embajador austriaco en el Vaticano.»

«Conviene advertir que los dos principales instrumentos que manejan para la propaganda de su causa en Italia los imperios centrales fueron, por el lado de los alemanes, los socialistas, y de parte de los austriacos, la Compañía de Jesús.»

Quizás el colega esté falto de documentación acerca de la acción jesuitica sobre el socialismo latino. No estará de más llamar la atención sobre ello, para que la indagación se oriente sobre este punto, cuyas pistas no están muy hondas ni muy lejanas. Así en Bélgica como en España é Italia, la *actividad socialista* de la Compañía ha sido muy intensa en estos últimos años. De donde deriva esa actividad, no es secreto para nadie. La tendencia y finalidad van descubriéndose.

Alejados del Vaticano los jesuitas y viendo quebrantada con ello su fuerza, tratan de arrastrar detrás de la Compañía al Pontificado, para domiciliarlo en país donde puedan ejercer sobre la tiara el asedio é influencia ambicionados por la secta.

Al efecto, han movido en Austria el ejército de sus Marías, Marianos, Luises, congregantes y demás adherentes y componentes de sus hueses, lanzándoles al asalto telegráfico de Roma, con bombas del siguiente calibre:

«Esta mañana se llevaron al Vaticano millares de telegramas y comunicaciones de los católicos austro-húngaros, escritas algunas de ellas en lenguaje violentísimo, amenazando con el apartamiento de la Iglesia Romana si el Papa se inclinaba lo más mínimo del lado de Italia.

»Han producido penosa impre-



sión, pero no harán cambiar al Pontífice de la correcta línea de conducta que viene siguiendo.

«Dícese que un cardenal extranjero de «bastante relieve» hace la causa de los jesuitas, llegando hasta plantear el problema de la conveniencia de la salida de Roma del Papa y Sacro Colegio.

«Se llega á decir que el Papa tendría su natural refugio en España.»

He aquí, pues, el plan jesuita. Arrancar de Italia el papado, de cuyas aulas han sido desterrados los ignacianos, obligándole á levantar al vuelo con amenazas de cisma y de excomuniones.

Tal es el jesuita con su voto de obediencia ciega al Papa.

Bueno es que arroje la máscara de este voto de obediencia; bueno es que enseñe á sus devotos á levantarse contra el Papa, imponiéndole la conducta que debe seguir y amenazándole con arrojarle del seno de su secta; bueno es que el Papa sienta en su autoridad las uñas del ignacianismo, oculto detrás de su cardenal y de sus mesnadas.

Y bueno es saber que es cosa suya el plan de traer á España el Papado, por creer que lo tendrían prisionero de la Compañía.

## El peligro del Papa en España

El Ministerio archiclerical y archiatolondrado que ha invitado al Papa á instalarse en España, ¿ha meditado el alcance político de tal oferta?

En el tono con que de tales negocios hablan los periódicos, se ve que lo reputan un acto inofensivo, de gentil hidalguía y de donairoza y elegante piedad.

Muy errados andan tales cálculos.

Imagínese por un momento que el Papa pone su asiento en territorio español con todas las de la ley, es á saber: con el cargamento de cardenales, prelados, oficinistas y frailes extranjeros pertenecientes á las naciones beligerantes, ante quienes el Estado español háse comprometido á guardar neutralidad.

En todas las cancillerías del mundo es bien sabido que el clericalismo penetra todos los organismos y oficinas del Estado español, y, por tanto, han de percatarse contra el riesgo de que todo secreto que llegue al Estado pase inmediatamente al dominio clerical, y sobre todo al dominio jesuitico.

En la curia pontificia los respectivos países disputan la preferencia é influencia por medio de sus organismos religiosos. Trasladados éstos á España como bagaje necesario de la Corte pontificia, harán de cada

grupo nacional un centro de laborantismo y de espionaje.

Por este solo hecho el Estado español caerá en entredicho ante todos los beligerantes; su neutralidad quedará sumida en el misterio eclesiástico; no podrá darse diaphanidad á la política nacional, y cada cual será dueño de juzgar de ella según su arbitrio.

Por no arrastrar este entredicho y sospecha, el Papa ha licenciado del Vaticano los empleados extranjeros. El Pontífice ha debido suponer imposible la reputación de neutralidad con el peligro de convertirse en hervidero de laborantismos.

¿Puede el Estado español ofrecer mayores garantías, respondiendo de personajes que desconoce, de organismos cuyo funcionamiento ignora y de la terrible intriga eclesiástica, famosa en el mundo por sus astucias y rencores?

Si no puede Dato garantizar lo que carece de garantías, habrá que calificar esta intentona de gravísimo error, que trae á la Patria un peligro inminente y desde luego una nota denigrante; mas si ha estudiado este aspecto de la cuestión, y á sabiendas del peligro lo arrostra, habrá que buscar fuera del bien de la Patria al espíritu que le ha aconsejado.

## ¿Guardia ó centinela?

La nobleza que hace pocos días acudió á proclamar el patronato de Borja y á hacer una especie de profesión de jesuitismo de capa y espada, es la primera que, al parecer, se agita para ofrecer guardia personal á Benedicto XV.

¿Los nobles ajesuitados hechos Guardias de Corps del Papa? ¿Serían guardias de honor ó centinelas de vista?

Por fortuna (en este caso únicamente) en España hay dominicos, agustinos y carmelitas que se habrán dado cuenta de la maniobra y sabrán decírsela al oído del Pontífice.

Y estamos seguros de ello: el Papa, antes que dejarse prender de los jesuitas, preferirá ser prisionero del gran turco.

La publicidad dada al proyecto de la nobleza, en vez de atraer al Papa, servirá para ahuyentarlo. En manos de enemigos francos, cabe poder esperar la nobleza propia del vencedor. En manos de jesuitas... díganlo Clemente XIV y Enrique IV.

Con una guardia jesuitante, el Papa sabe de cierto que si gozó de envidiable libertad siendo «el prisionero del Vaticano»; no tendría libertad ni para toser siendo «soberano de El Escorial».

Los «asistentes al Solio Pontificio»,

ahora honoríficos, serían los «asistentes jesuiticos», siempre terroríficos.

## El primer obús contra el jesuitismo

Al ponerse en marcha hacia el frente de guerra las tropas italianas, el Papa ha dirigido al cardenal Vanutelli, decano del Sacro Colegio, una carta suplementaria de la alocución consistorial ordinaria, en que fija la actitud instantánea de la Santa Sede y de la Iglesia. Amén de otras ideas sintomáticas, hállese en el documento una que sea tal vez la más original y significativa. Trátase de simbolizar la providencia divina en el espíritu católico durante la guerra, bajo la especie de la invocación de un título canónico.

El Papa no ha invocado á San Cristóbal, patrón de la fuerza mecánica y muscular del Altísimo. Ni á San Pablo, primer soldado convertido al cristianismo. Ni al señor Santiago, ni al caballero señor San Jorge, famosos en los campos de batalla; ni el Lábaro de Constantino, ni el capitán Loyola. Para servir de especial intercesor ante la Divinidad, ha designado al «Sagrado Corazón de María».

Si en la carta hubiese hablado de la Madre de Dios, de María Santísima, de la Virgen de la Paz ó de alguna otra invocación acostumbrada, no habría novedad en la oración. Pero ha escrito en documento tan grave, en el cual son maduramente pesadas las ideas y las palabras, esta invocación del «Sagrado Corazón de María», que ha debido escribirse con vistas al «Sagrado Corazón de Jesús».

Al buen entendedor no puede ocultársele que, habiendo coincidido esta carta con las amenazas caídas en Roma del campo jesuitico-austriaco, debe verse en ella la impresión causada en el Papa por tales amenazas, y una respuesta inicial.

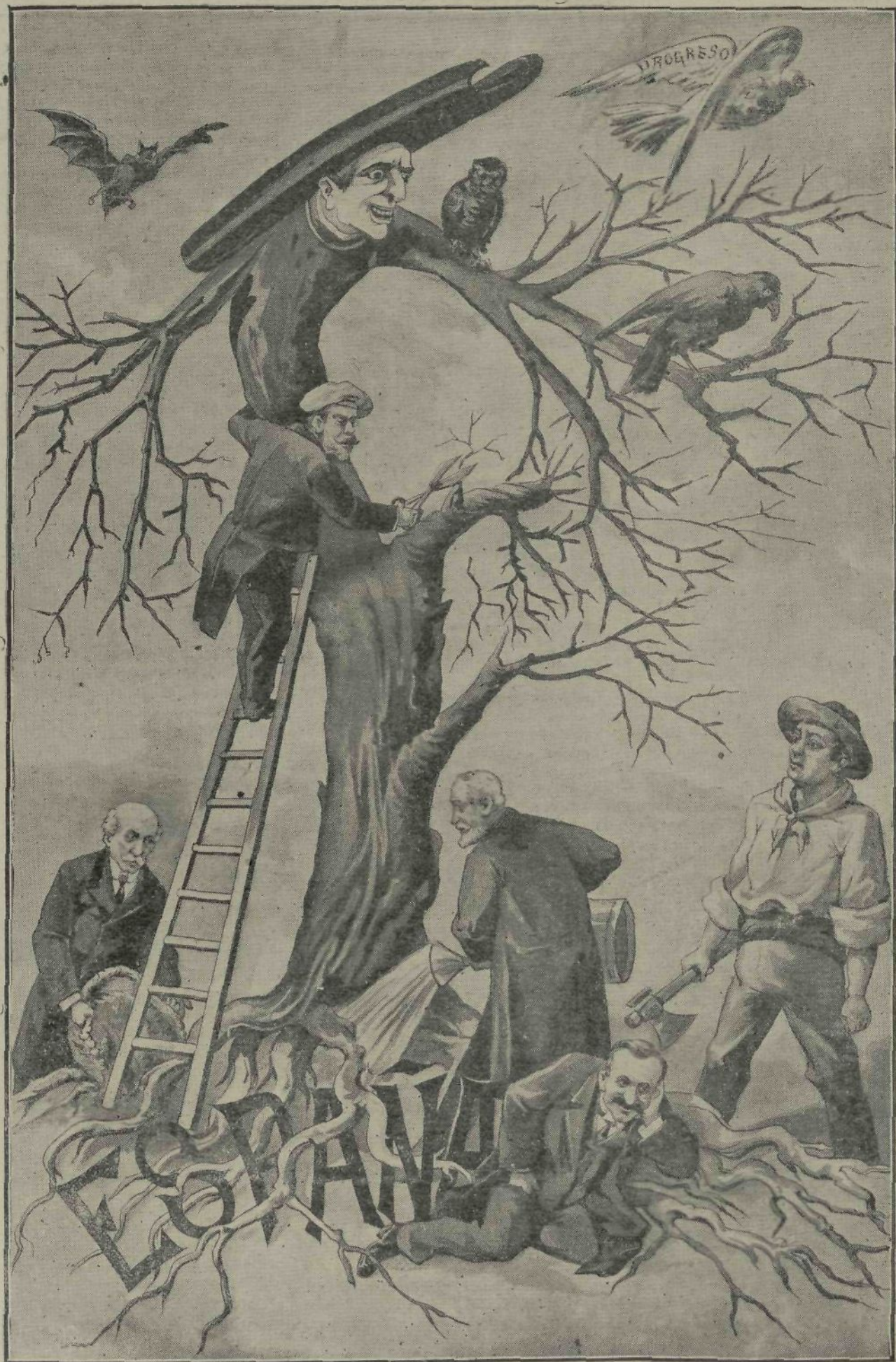
El Corazón de Jesús viene á ser la devoción monopolizada por la Compañía. El Corazón de María tiene como particulares apóstoles á los claretistas. Estos estarán de enhorabuena y utilizarán el documento como una especie de especialísima exaltación de su Patrona y de su orden; y, claro está, que los jesuitas lamentarán esta elección, como lección y aviso.

Tenemos, pues, en la carta un signo de la orientación pontificia. Su devoción preferente no está por el Corazón de Jesús, sino por el de María. En todas las iglesias del orbe, será éste el exaltado y el invocado.

No olvidemos que en la Iglesia hay granadas canónicas y hay granadas místicas.



# EL MOTIN



El manzanillo del clericalismo.  
Ayuntamiento de Madrid



## Previsión de ocurrencias

*Como quiera que hay muchas señales de tormenta en el horizonte de España, participo á los suscriptores de la Resurrección Histórica de San Ignacio de Loyola que, si por cualquier accidente natural, cont anatural ó sobrenatural, la Justicia ó la Injusticia se apodera de mis papeles, queda puesta en salvo una copia autorizada de los originales de la obra y los justificantes respectivos, para reaparecer en hora oportuna.*

*El tiempo dirá si esta previsión ha sido acertada.*

P. O.

## Granada conventual

Muchos años han transcurrido desde mi última visita á esta pintoresca ciudad. Al recorrerla ahora de nuevo, encontré algunas mejoras, pero no tan importantes como las de otras urbes en igual lapso; un *bulevar* al que llaman Gran Vía con veinte metros de anchura, — cuando en La Plata tienen ciento; la luz eléctrica en profusión, gracias á los saltos de agua de Sierra Nevada, y algunas edificaciones en la parte central; pero, en los barrios, las calles siguen tan sucias como antaño, y, según me dijeron, ni en alcantarillado ni en aguas potables se hizo nada para reducir la mortandad de tres por ciento anual, ó sea el doble de las ciudades higiénicas. Sin embargo, en los últimos cuarenta años, el Municipio ha cobrado sobre ochenta millones de pesetas, que fueron repartidas entre la turba de politiqueros y muñidores que al paciente pueblo administran.

Esto no es mucho de extrañar en provincias, por cuanto en la capital, el Estado—no el Municipio gastó doscientos millones de pesetas para almacenar en los depósitos de aguas de el Lozoya las deyecciones de treinta y cuatro pueblos con cien mil habitantes y mayor número de animales. Así el tífus y todas las plagas epidémicas se ceban, periódicamente, en la corte donde vegetan los beneméritos súbditos de su católica majestad.

Pero en la antigua corte morisca he visto otros motivos de envenenamiento moral, probablemente mas dañinos que los microbios virulentos; porque he visto á este pueblo, antes libre, sumido en degradante resignación. Un fanático de carácter, que sin ser sabio ni santo tiene rasgos de Vicente Ferrer y de Ignacio de Loyola, ha rodeado á Granada de un cordón de establecimientos que él llama *escuelas*, y donde,

á favor de cuatro enseñanzas rudimentarias, comunicadas por un sistema puramente memorista, se ejerce una sugestión sectaria de las cristianas doctrinas, y vase infiltrando en los adolescentes el odio á la democracia y al progreso, preparando así á las generaciones para otras guerras civiles. El fundador de estas escuelas se ha captado las simpatías de las clases adineradas que por interés y educación son contrarias al espíritu moderno, y logra cuantiosas subvenciones, mientras la masa obrera, careciendo de trabajo, y con el pan á dos reales, no consiga apiadarse á los modernos fariseos.

Pero lo que más me ha desanimado en esta visita á la ciudad de mi juventud, es el número de religiosos de toda clase, establecidos nuevamente, unos en edificios espléndidos de construcción flamante y otros en viejos conventos á todo coste restaurados.

En el extremo occidental, en el sitio denominado *Sol la de Cartuja*, los jesuitas, después de comprar la huerta y el cercado de este nombre, han levantado un colosal edificio, con residencia para 500 educandos, y un observatorio astronómico.

Aun cuando entre ellos hay hombres de estudio, y aunque disponen de un laboratorio y gabinete de física de más de cincuenta mil duros de coste, donados por una devota, jamás han realizado labor científica alguna, fuera de las observaciones meteorológicas registradas en aparatos automáticos; y hasta hace poco, los magníficos y costosos péndulos registradores de los movimientos sísmicos tampoco funcionaban en regla; pero desde aquellas alturas y desde su iglesia de la Gran Vía, donde tienen montada la sección de bombas aspirantes en forma de confesonarios, dominan á Granada.

En otra parte los Redentoristas, acaban de restaurar un antiguo convento; y junto al hospital civil, los hermanos de San Rafael han establecido un refugio para niños, y desde allí aspiran á apoderarse del hospital.

En otras partes de la población, hay capuchinos, franciscanos y dominicos, practicantes del misticismo y de la vida contemplativa á costa del país.

Antes de mi salida de aquella hermosa ciudad que un tiempo fué la patria libre de Mariana Pineda, y hoy es emporio de parásitos, jefes futuros de *requetés*, salí á dar un paseo por la vega.

Pasado el río Monachil por el puente de Cajar, en una eminencia que domina el más bello panorama de Europa, con la Nevada Sierra arriba y abajo el verde tapiz del

granadino oasis, existe un gran edificio construido el siglo anterior para fábrica de tejidos de lana.

Al ver las puertas cerradas y el edificio en sospechosa calma, pregunté á los campesinos, y la contestación fué desconsoladora.

La finca había sido adquirida por unos frailes; la gran maquinaria, que daba ocupación á centenares de personas, la habían enagenado como hierro viejo; y lo que fué un centro de producción, es hoy un centro de holganza y de consumo. Los legos mochilones recorren toda la comarca hasta llenar sus mochilas, y los labriegos se ven agobiados por una carga más; la de los confesores de sus mujeres.

A los párrocos y auxiliares los tienen apabullados; todas las misas y todos los sermones son para los nuevos oficiales; el país está en sus manos, y puede tenerse una idea de la marcha que siguen desde el orgulloso jesuita hasta el fraileuco descalzo, por lo mucho que prosperan sus fundos.

En la antesala arzobispal se encontraron un Escolapio y un Jesuita:

—¿Cuántos años llevan ustedes aquí? preguntó el segundo.

—Cincuenta y cinco—contestó el interpelado.

—¿Y aún no tienen casa propia? Nosotros á los cincuenta y cinco meses teníamos fincas por algunos millones de pesetas.

—Las viejas ricas dan mucho, dijo el de Calasanz; nosotros damos á los niños pobres lo que ganamos con los ricos, y ahí verá, hermano.

El jesuita en las alturas y el fraile mendicante en el llano, hacen oficio de langosta: donde ellos pasan nada queda por segar.

R. M.

Granada.

## Todos iguales

Leo en *La Correspondencia de España* del día 29 el telegrama siguiente:

Berna, 29.—Según informes de Alemania, el obispo de Metz, después de un cambio de correspondencia con el general Fallcenhéin, ha dado consentimiento para que en las iglesias de su diócesis puedan celebrarse los cultos protestantes, mientras dure la guerra, y utilizando sólo una nave.

Esta noticia me ha hecho pensar en las guerras de religión sostenidas por los dos bandos, el católico y el protestante, en que tantos millones de seres han perecido;

En las hogueras levantadas para quemarse unos á otros en nombre de la fe respectiva;

En los anatemas y excomuniones



que mutuamente se han lanzado y se lanzan.

En las abominaciones que dicen unos de otros...

Y hasta en la quema de libros verificada en Piedralaves.

Y me he felicitado una vez más de hallarme tan apartado de todos.

Por algo he sostenido siempre que todas las religiones son iguales, y me mantenido en esta neutralidad armada... de argumentos para combatirlas todas.

## La lámina de hoy

Maura y Dato riegan el árbol del clericalismo, Vázquez Mella lo poda, Romanones los deja hacer y el Pueblo aguarda á que esos mismos lo llamen un día para derribar el manzanillo que cultivaron.

## ¡Catorce niños profanados!

En la mañana del día 9 del pasado mes, una buena católica del pueblo de Sopenano (Burgos), llevó su hijo á la iglesia para que se preparase á hacer la primera comunión.

En tanto el niño se dirigía al confesonario, su madre se sentó en uno de los asientos de piedra que hay á la puerta del templo.

A los veinte minutos próximamente lo ve volver dando gritos, corriendo, todo afligido y llorando.

La madre se extraña y asusta, presintiendo alguna desgracia, y corre á su encuentro. Lo coge en brazos, le interroga, le seca las lágrimas. El niño, todo azorado, le dice que el fraile lo ha atropellado.

La pobre madre, llena de furor, de terror, de indignación penetra en el templo, busca el confesonario, halla al fraile, lo coge, lo increpa, lo pone de patitas al cochino, infame, sinvergüenza, canalla!

El fraile sale corriendo y se encierra en la sacristía.

Conviene á la madre. En la iglesia se arma un escándalo mayúsculo. La confesión acaba. Los gritos y las imprecaciones se repiten en la calle. El vecindario inquiere la causa. La noticia se propaga y la gente se precipita á la iglesia; pero ¡ay! la encuentra cerrada.

Los vecinos entonces dirígenle á casa del párroco, que no sabe nada de nada. No ha visto marcharse al capuchino. Creía que aun estaba confesando niños.

Inmediatamente, el pueblo marcha hacia la escuela y pone al maestro en autos de lo que ocurre.

Desfilan ante el profesor cuantos asistieron á la comunión general, y lo cuentan todo. Y son ¡catorce! los

que afirman que el fraile ha cometido con ellos actos indecorosos.

El maestro se horroriza, los vecinos también; pero como el fraile ha escapado...

A los pocos días llega á Sopenano el obispo de Santander, que va á confirmar niños.

El vecindario entero refiere á su ilustrísima lo sucedido; el obispo dice que se lo comunicará á su colega el de Vitoria, á cuya jurisdicción pertenece el convento de Basurto.

Pero el tiempo pasa y al pueblo de Sopenano no llega noticia de que se proceda contra el fraile.

Y entonces, desesperanzado, el padre del niño por cuyo conducto se sabe el atropello, se presenta á las autoridades. Va luego á la redacción de *El Ruido*, y allí exhibe y hace pública la siguiente denuncia:

«El día 8 del presente mes de Mayo, un padre capuchino del convento de Basurto (Bilbao), estuvo predicando en la ermita de Nuestra Señora de Cantonad, y por la noche bajó al pueblo de Sopenano (provincia de Burgos), y con ocasión que confesaba á los niños, los metía dentro del confesonario y comecía con ellos actos contrarios á la moral, propios de todo hombre bien nacido. Encontrándose entre ellos un hijo del que formula esta denuncia, habitante en Bilbao, calle de Ronda, con cédula personal número 825, de tercera clase, llama la atención de las autoridades, para que procedan en justicia».—L. D.»

He relatado los hechos sin poner un adjetivo que pudiera parecer ofensivo para el fraile ni hacer el más pequeño comentario.

Desde que he visto que resultan inocentes en los Juzgados y Audiencias los sacerdotes á quienes la opinión pública cree culpables, ando con pies de plomo para no exponerme á calumniar á ninguno.

El ejemplo del crimen de Huesca debe hacernos á todos muy precavidos.

## ULTIMA HORA

### Neutralidad á estacazos

Ayer domingo, á las ocho de la noche, prodújose en esta Villa y Corte una tromba austro-turco-alemana que halló medio de asaltar por sorpresa un balcón del ministerio de la Gobernación, pocos meses há irrisoriamente empapelado por los mauristas. Diéronse desde él vivas á la neutralidad, sinónimos en su boca de mueran los aliados.

Para explicar este significado, grupos de varios centenares de sujetos,

algunos bien portados—según *El Liberal*—y mal portados otros—según *El Radical*, hasta el número de 400 ó 500, se dirigieron á la Casa del Pueblo de la calle de Rejatores, prorumpiendo en gritos de: ¡Muera Lerroux! ¡Abajo la guerra! ¡Viva España! ¡Viva el Ejército! ¡Viva Dato!

Los socios del Centro radical hicieron frente á los asaltantes turcófilos, y con tacos de billar solamente los ahuyentaron hacia la plaza del Progreso. Hubo insultos, amenazas, estacazos y sonaron dos tiros.

*El Imparcial* hace notar que la mayoría de los manifestantes eran jóvenes estudiantes y obreros, y algunos que por su apariencia denotaban pertenecer á elevada clase social. Dieron la nota saliente «varios sacerdotes, que no eran los que menos gritaban al responder á los vivas como á los mueras».

Dato, al juzgar los sucesos ante los periodistas, dijo que no tenían importancia, pero que «los estima como síntoma que hay que tener en cuenta para estimular la opinión española á que no se deje impresionar ni se apasione en determinado sentido».

A renglón seguido prometió que el Gobierno «sería tolerante con todas las ideas legítimas, é inexorable con lo que crea que puede redundar en perjuicio de España».

EL MOTIN cree conocer de vistas, de oídas, de olidas y de tocadas, lo que el gobierno de Dato cree perjudicial para la España clerical, y por esta razón, en vez de censurar á los manifestantes, asaltantes y neutralizantes turcófilos, los aplaudo sinceramente, entusiasta, frenética y atrozmente; recordando aquellos felices motines que en Madrid se produjeron en tiempos de Carlos III, falsamente atribuidos á manejos jesuitas. Y si el conserje de la Casa del Pueblo radical, se deja sorprender y yo puedo asomarme al balcón, saldé con el estandarte de la media luna en una mano y en la otra la bandera del requeté, gritando:

¡Viva Turquía! ¡Viva la ínclita Compañía de Jesús! ¡Vivan los requetés! ¡Viva la cultura de las elevadas clases sociales de España! ¡Viva la neutralidad de Dato! ¡Vivan los Conserjes del ministerio de la Gobernación! ¡Vivan los reverendos y virtuosos sacerdotes del Señor, que con sus gritos entusiastas matizaron piadosamente el acto!

La manifestación no está mal. Ante las naciones nos eleva á una altura moral y política insuperable.

Un aplauso á los veinte ó treinta radicales que, con frágiles tacos de billar, hicieron correr á los bravos germanófilos.



# La simonía

por

ROBERTO ROBERT

Los trancazos de la honestidad  
aica alcanzaron un triunfo. . . . .

Como á la Iglesia se le han achacado todo género de vicios, y como los hombres en general están dotados de la facultad de adquirir, facultad que cuando se pervierte degenera en codicia, los codiciosos del siglo, viendo con envidia las inmensas riquezas de la Iglesia, la acusaron de haberlas adquirido por malos medios.

Los más impíos se han atrevido á decir que ya antes de la caída del imperio romano el afán de atesorar era grave mancha del clero.

Después de la invasión, dice un hereje alemán, el clero poseía la tercera parte del imperio franco.

Al tratar del dinero de la Iglesia hemos dicho ya cómo fué despojada por Carlos Martel; pero á pesar de eso, consta que en el siglo IX era dueña de inmensas riquezas; y esto, que no puede ser sino prueba del favor del cielo, que procuraba sus medros, ha sido considerado como prueba de ciego frenesí por atesorar caudales.

El Concilio de Aix-la-Chapelle dividió las iglesias en tres categorías, según la importancia de sus bienes inmuebles, y por aquel Concilio consta que las iglesias de primera clase tenían una renta de tres millones cuarenta mil reales; las de segunda clase, una renta de setecientos sesenta mil reales, y las de tercera, ciento treinta y tres mil reales.

¿No habían de envidiarles los que, incapaces de saber adquirir cosa alguna, sólo pensaban en los goces materiales que habrían podido proporcionarse con aquellos bienes, procedentes en su mayor parte de donativos de reyes y príncipes alentados por las solemnes promesas de que dando se aseguraban la futura posesión del reino de los cielos?

Dicen que viendo la Iglesia las riquezas que el prometer el cielo le atraía, no tuvo reparo en abusar de la credulidad de los fieles, y aún se cita el texto del Concilio cabillonense celebrado en 813, que trata de la materia; pero el Concilio no dice que se achacase el abuso á la Iglesia, sino á algunos clérigos: *«Imputatur*

*quibusdam fratribus eo quod avaricie causa hominibus persuadeant, ut obrenuntiantes seculo, res suas ecclesie conferant.»*

Sin duda esos malignos rumores tomaron gran vuelo, toda vez que Ludovico Pío prohibió á los obispos que aceptasen donativos con perjuicio de los menores y los parientes del donador.

Pero no por esto callaron las malas lenguas.

Al contrario.  
La murmuración era cada día mayor.

Desde el siglo VI llegaron tan falsos rumores á los oídos de los prelados sobre las supuestas simonías, que ya en 533 prohibió un Concilio el comercio de las cosas sagradas, tomando por lo serio lo que decían cuatro órganos del espíritu gaceti-lesco de la época.

También lograron los maldicientes excitar los escrúpulos de San Gregorio, que con la mayor buena fe escribió con grande encarecimiento repetidas cartas al rey de los francos, á la reina Brunquilda y á los obispos de las Galias para reprimir un tráfico que era mancha del sacerdocio; quiero decir, que si hubiera existido, habría sido mancha del sacerdocio.

Y que San Gregorio lo tomó por cosa real y verdadera, no tiene duda, pues suplicó á la mencionada reina que reuniese un Concilio para extirpar los abusos que envilecían la Iglesia de las Galias, diciéndole entre otras cosas: «La simonía es causa de que sea despreciado el sacerdocio. ¿Quién puede venerar aquello que se vende? ¿Quién no considera como vil mercancía lo que se compra? Llena de tristeza tengo el alma; lástima me inspiran las Galias: el sacerdocio no puede subsistir en donde quiera que sea objeto de comercio. Este gran crimen no sólo es peligro para los que lo cometen, sino que hace peligrar los imperios.»

¿Estaría persuadido San Gregorio de la certeza de aquellos falsos rumores?

Y los Papas ¡hasta los Papas! llegaron á dar crédito á las invenciones de los impíos sobre este punto.

El Papa también escribía á los reyes que si querían salvar sus almas era menester que cada cual en sus Estados pusiera término á las simonías; y uno de ellos, dirigiéndose á los obispos, decía: «No merece el nombre de sacerdote el que adquiere el sacerdocio por dinero. ¿Qué

garantía puede haber de buenas costumbres ni de vocación, cuando se considera digno del sacerdocio á un hombre sólo porque tiene dinero con que comprarlo?»

Así los pobres sacerdotes... es decir, pobres no lo eran; pero quiero decir que los inocentes sacerdotes se preguntaban unos á otros:

—Pero ¿tú has vendido algo sagrado, ó compraste las sagradas órdenes?

—Yo no.

—Yo tampoco.

Yo menos.

—Yo lo único que hice fué aceptar una limosna, pero limosna y no precio. ¡Dios nos libre!

—Yo hice un pequeño obsequio al obispo que me hizo cura, pero obsequio y no precio. ¡Librenos Dios!

—Yo he aceptado algunos presentes, pero con fineza y no como paga.

Y ninguno de ellos sabía de qué le hablaban, mientras Papas, reyes y Concilios volvían siempre al tema de las simonías.

Viendo la malignidad que no podía culpar á Papas ni á Concilios, que ya habían hecho sus protestas en debida forma, acusó especialmente á los demás clérigos, y en ese infernal empeño siguió tenazmente, sin interrumpir sus quejas hasta el siglo XI, para hacer creer que continuaban los abusos.

Hoy día se acusa á todos los ministros de Hacienda de España de hacer empréstitos ruinosos. A todo se llama empréstito: á tomar dinero á réditos, á firmar un contrato con un Banco, á pedir dinero con pacto de devolverlo, á recibir por adelantado cantidad que devenga interés: todo recibe inconsideradamente el nombre de empréstito.

Del mismo modo entonces á todo negocio eclesiástico en que interviniese el dinero, se daba el infamante nombre de simonía.

Cuando el vulgo se empeña en alterar la verdadera significación de las voces, no hay fuerza etimológica que la detenga.

Sucedía que los obispos administraban ciertos bienes.

Sucedía que á veces preferían administrar el valor de aquellos bienes y los vendían.

Pues so pretexto de que aquellos bienes eran de los pobres, se les acusaba de simoníacos.

Sucedía que un devoto rico por su casa no llegaba en muchos años á obtener el episcopado, si no gastaba dinero en misas y donativos para acreditar su piedad y desprendimiento.

(Continuará).

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID